

## ¿PUEDE LA IZQUIERDA LATINOAMERICANA PREFIGURAR UN NUEVO CONTRATO SOCIAL?

Mariano Schuster\*

12 de diciembre de 2023

### Resumen

Los gobiernos progresistas de América Latina enfrentan serios escollos para desarrollar sus programas políticos. A diferencia del proceso que se desarrolló durante la primera década del siglo XXI y que fue conocido como la “marea rosa”, los progresismos latinoamericanos encuentran un marco económico más complejo y un mundo más dividido que en el pasado. Víctimas de sus propios errores, los progresismos parecen incapaces de promover un nuevo contrato social que produzca entusiasmo entre los sectores populares y los sectores medios. Si no consiguen cambiar y dejar atrás la nostalgia por los logros del pasado, estas fuerzas podrían ser desbancadas —como de hecho ya está sucediendo— por unas derechas cada vez más radicales.

El 9 de junio de 1989, el filósofo político Norberto Bobbio escribió un breve ensayo sobre los acontecimientos que estaban produciéndose en el bloque comunista. En aquel texto, titulado *La utopía al revés* y publicado en el periódico *La Stampa*, Bobbio asumía, al calor de los acontecimientos que estaban precipitándose, una posición inequívocamente crítica. Al mismo tiempo que consideraba el “fracaso del comunismo histórico” y hacía eje en la necesidad de revisar una experiencia que, como la soviética, había nacido con la intención de instalar el reino de la igualdad y había derivado en el cercenamiento de los espacios de libertad, Bobbio se preguntaba si el mundo nuevo que profetizaban los nuevos gurúes de la economía de mercado sería, tal como afirmaban, irremediablemente mejor que aquel que estaba quedando

atrás. El interrogante estaba lejos de constituir un asunto menor. Bobbio se atrevió, frente a muchos otros, a plantearlo.

El hombre que se hacía aquella pregunta distaba mucho de ser un simpatizante comunista. Bobbio era, ciertamente, un intelectual de izquierda, pero su tradición estribaba en un tipo de socialismo democrático para el que la experiencia soviética no constituía un modelo a seguir. Reconocido internacionalmente por sus agudos trabajos de teoría política —entre los que se destacaban *Liberalismo y Democracia*, y *De Hobbes a Marx*—, el filósofo italiano era, en toda regla, un hombre de la izquierda pluralista. Desde la década de 1940, cuando sintió por primera vez el influjo de la tradición del socialismo liberal de Carlo Rosselli, sus compromisos

---

\* Editor y periodista. Se desempeña como editor en la revista latinoamericana de ciencias sociales *Nueva Sociedad*. Es maestrando en Sociología de

la Cultura por la Escuela Instituto de Altos Estudios Sociales (IDAES) de la Universidad Nacional de San Martín (UNSAM).

políticos se hicieron evidentes y se sustanciaron en su apoyo al Partido Socialista Unitario de Giuseppe Saragat y, luego, en su apuesta por el Partido Socialista de Sandro Pertini. Aún desde esa identidad, Bobbio evitó siempre —como él mismo dijo— el anticomunismo visceral que atravesaba a algunos intelectuales socialdemócratas. De hecho, sus visibles encontronazos con Bettino Craxi, el líder del socialismo italiano durante la década de 1980, se vincularon, entre otros aspectos, a la llamada “cuestión comunista”. Para el autor de la *Teoría General de la Política*, el Partido Comunista Italiano, sobre todo a partir del liderazgo de Enrico Berlinguer en la década de 1970, no solo apostaba por la democracia y la libertad, sino que se diferenciaba en aspectos sustanciales del marxismo-leninismo de tipo soviético. En definitiva, aquel hombre inspirado tanto por Gobetti como por Gramsci, y capaz de leer críticamente a Marx y a Kelsen, era un intelectual honesto.

Cuando publicó su texto en *La Stampa*, esa honestidad se hizo visible una vez más. Considerando a la democracia como un prerrequisito para la construcción de un orden social de justicia, Bobbio no ahorró críticas a los regímenes de partido único basados en el poder de la burocracia —y no en el del declamado proletariado— y no esquivó el bulto a la hora de analizar las razones del colapso soviético. Sin embargo, con igual honradez, el filósofo italiano se preguntó por qué esa ideología se había establecido como un faro para numerosos hombres y mujeres del mundo entero. Para Bobbio, fuera de las fronteras soviéticas, la “utopía comunista” no había significado totalitarismo y dictadura, sino un equivocado faro de igualdad. Esa

utopía, decía Bobbio, había impulsado ideológicamente a “filósofos, escritores y poetas”, había sacudido a “masas enteras de desahuciados” y había llevado a “hombres con un gran sentido moral a sacrificar sus propias vidas y a exponerse a la cárcel, al exilio y a los campos de exterminio” (Bobbio, 1991: 21-24). Sin embargo, la realidad concreta de aquella utopía, allí donde realmente se había aplicado, se había revelado distópica.

El final de aquella experiencia ponía a Bobbio ante una disyuntiva. Por un lado, la de establecer una crítica abierta a aquel proceso histórico. Por el otro, la de establecer una duda productiva sobre el nuevo mundo que, bajo la ideología del liberalismo de mercado, estaba emergiendo a escala global. Bobbio tuvo el valor de ir a contracorriente y escribir:

El comunismo histórico ha fracasado, no lo niego. Pero los problemas permanecen; esos mismos problemas que la utopía comunista señalaba y se proponía resolver existen ahora —o existirán muy pronto— a escala mundial. (...) ¿Piensa realmente la gente que el fin del comunismo histórico (...) ha puesto fin a la pobreza y a la sed de justicia? En nuestro mundo, la sociedad de los dos tercios gobierna y prospera sin tener nada que temer de la otra tercera parte de pobres diablos. Pero sería bueno tener en cuenta que en el resto del mundo la sociedad de los dos tercios (...) está en el lado contrario. La democracia —admitámoslo— ha superado el desafío del comunismo histórico. ¿Pero qué medios y qué ideales tiene para hacer frente a esos mismos problemas de los que nació el desafío comunista? “Ahora que ya no hay bárbaros —dijo el poeta— ¿qué será de nosotros sin ellos?” (Bobbio, 1991: 21-24).

Por aquellos días, en los que el liberalismo de mercado celebraba la caída del régimen soviético como la evidencia del triunfo

absoluto de la lógica del capital, Bobbio se atrevía a hacer preguntas incómodas. ¿Cómo responderían las fuerzas de la izquierda al mismo desafío por el que había emergido el comunismo histórico? ¿En qué medida la caída de la Unión Soviética, que había operado como un dique de contención a los impulsos más desreguladores en el mundo capitalista, provocaría una reacción de las fuerzas del capital? ¿En qué términos afectaría el colapso soviético a las fuerzas de la izquierda no comunista? ¿Cómo impactaría el fin del comunismo sobre los socialdemócratas europeos que habían construido, durante la posguerra, el potente Estado de bienestar? ¿Seguirían los socialdemócratas defendiendo sus políticas clásicas o serían vencidas por el nuevo y emergente consenso neoconservador? ¿Qué pasaría con las izquierdas del Tercer Mundo? Las respuestas a aquellos interrogantes no tardarían en llegar.

Si tras la caída del bloque soviético, en Europa se verificó, cada vez más claramente, una transición de la socialdemocracia hacia posiciones que asumían el nuevo consenso liberal —que se plasmó en la lógica de las “terceras vías” y el “nuevo centro”—, en América Latina, la situación era algo diferente. En buena parte de la región, y sobre todo en el Cono Sur, estaban desarrollándose los primeros pasos de los procesos de democratización tras largos períodos de dictadura. Diversas fuerzas progresistas, que habían sido víctimas de feroces represiones, reformulaban sus paradigmas clásicos (por lo general apegados al ideario marxista) y evidenciaban un compromiso notorio con el retorno democrático, al que pretendían imprimirle, además, un componente nítidamente social. Si los partidos comunistas, y otras expresiones, como las

de la “nueva izquierda”, se vieron duramente golpeadas por la caída de la Unión Soviética —y se aferraron, en algunos casos, a una defensa regional del proceso de la Revolución Cubana—, en las fuerzas socialistas el proceso de transformación fue diferente. Muchas organizaciones que durante las décadas de 1960 y 1970 habían expresado su vocación por construir un socialismo de tipo marxista, iniciaban una larga senda que las llevaría a la asunción de la democracia liberal. Este proceso, que también alcanzó, de hecho, a algunas de las viejas organizaciones armadas, derivó en un paulatino abandono de las tesis más ortodoxas del marxismo —a tono con la crisis y la posterior caída del Muro de Berlín, pero también con la necesidad de asumir la democracia liberal— y en un creciente proceso de socialdemocratización.

Los procesos de renovación del campo de la izquierda llegaban, sin embargo, en un período crítico. Pese a que, como en el caso chileno, algunas fuerzas progresistas lograron asumir posiciones de gobierno, y a que, en otros, como en el argentino, ciertas ideas socialdemócratas permearon el proceso de democratización encarado por el presidente Raúl Alfonsín, la izquierda se vio rápidamente atomizada ante los desafíos de la época. A los procesos de dictadura y de recuperación de la democracia, les sobrevino un nuevo consenso económico y social apalancado por las fuerzas de la derecha. Tras la caída de la Unión Soviética y el fin de la multipolaridad, las tesis neoconservadoras y neoliberales avanzaron sobre América Latina y construyeron, durante la década de 1990, un escenario difícil para las fuerzas progresistas. Con la afirmación de las tesis del consenso de Washington, América Latina se abrió a

las privatizaciones y a la desregulación económica, haciendo visible, al mismo tiempo, una agenda político-económica que se sustanció en unas relaciones privilegiadas con Estados Unidos y los organismos multilaterales de crédito. Ante el fracaso de la experiencia soviética y la crisis general de las perspectivas igualitaristas, las izquierdas parecieron incapaces de desarrollar un nuevo escenario. Algunas se aferraron al viejo ideario de la Revolución Cubana, en una posición más defensiva. Otras, ubicadas en la socialdemocracia, discutieron, aunque sin mucho éxito —exceptuando el plano local, como sucedió en el Montevideo de Tabaré Vázquez— la tendencia “salvaje” de las políticas neoliberales.

Más allá de los cánones de las izquierdas tradicionales (comunistas y socialdemócratas), emergieron otras izquierdas que formularon críticas al modelo globalizador y que se expresaron en tendencias que, más tardíamente, fueron calificadas como “alterglobalizadoras” y/o “autonomistas”. Esas expresiones, que enfatizaban, desde el campo intelectual y desde la cultura de izquierdas, la posibilidad de una transformación que no tuviera como eje al Estado, encontraron un eje en la experiencia zapatista mexicana y se sustanciaron en narrativas intelectuales como las de John Holloway (autor de *Cambiar el mundo sin tomar el poder*), Toni Negri y Paolo Virno (que enfatizaban, frente a la vieja clase obrera, el papel de la “multitud”). Dentro de ese repertorio de críticas se enmarcaban, en términos más globales, los trabajos de Naomi Klein, pero también los esfuerzos de organizaciones que trazaban paradigmas que implicaban gravámenes a las transacciones financieras, como ATTAC,

o los planteos de renta básica y distribución del trabajo, como los que entonces hacía el economista Jeremy Rifkin. Más allá de esas posiciones, aquella etapa fue también propicia para que algunas izquierdas latinoamericanas se reorganizaran en instancias políticas regionales. El Foro de San Pablo, desarrollado e impulsado por Lula da Silva, el líder del Partido de los Trabajadores, fue una expresión palpable de ese proceso. El foro, que contenía una plataforma que, según sus propios postulados, era “antineoliberal y antiimperialista”, integraba a partidos y organizaciones de diverso tipo: desde las de la izquierda más tradicional, apegada al paradigma del latinoamericanismo, hasta aquella que se encontraba en proceso de socialdemocratización. Muchas de las fuerzas que integraban ese Foro serían las que, en la década siguiente, llegarían al poder con la crisis del modelo neoliberal.

A inicios de la década de 2000, la crisis del modelo neoliberal se hizo evidente en buena parte de los países de la región. En algunos, como Argentina y Bolivia, se produjeron potentes estallidos sociales que modificaron el panorama político. En otros se vivieron procesos de transición sin estallidos, pero con un claro cansancio ciudadano frente a las políticas de ajuste. Así, durante la primera década de 2000, América Latina se pobló de gobiernos de corte progresista o de izquierda. Aunque llegaron al poder en distintos momentos, los gobiernos de Hugo Chávez en Venezuela, Lula da Silva en Brasil, Néstor Kirchner y Cristina Kirchner en Argentina, Evo Morales en Bolivia, Michelle Bachelet en Chile, Tabaré Vázquez en Uruguay, Rafael Correa en Ecuador y Fernando Lugo en Paraguay, imprimieron un nuevo sello

político a América Latina. Era el comienzo de la “marea rosa”.

El clima que acompañaba a la “marea rosa” no solo expresaba un cambio político, sino también un nuevo escenario en términos culturales. Marcaba un fin de época. El hecho de que un indígena como Evo Morales llegara a la presidencia de Bolivia o que un exsindicalista como Lula da Silva se hiciera cargo de los destinos de Brasil, hacían evidente un cambio que excedía al de las propias políticas públicas. Que esos líderes, y otros como Rafael Correa, llegaran apoyados por movimientos sociales, movimientos indígenas (el Movimiento al Socialismo de Evo Morales constituía una expresión muy clara) y movimientos de trabajadores (como sucedía con el Movimiento de los Trabajadores Sin Tierra en Brasil o con la propia Central Única de Trabajadores) evidenciaba, además, la emergencia de nuevas bases sociales que desafiaban el anterior consenso político-económico. Eran los tiempos del “contrato posneoliberal”.

Ya en el poder, los gobiernos de la “marea rosa” se abocaron a la tarea de modificar algunos de los patrones imperantes durante la década precedente. En tal sentido, hicieron eje en las políticas sociales y en una dinámica de incorporación a la esfera pública de sectores que anteriormente se habían visto excluidos del escenario político. Exceptuando algunos casos, como el de Venezuela, las políticas desplegadas se hicieron sobre un marco de estabilidad macroeconómica. Si bien se introdujeron perspectivas heterodoxas, los criterios de estabilidad siguieron imperando, a tal punto que las matrices sobre las que se había sostenido el neoliberalismo estuvieron

muy lejos de romperse. En las proclamas, expresadas en ocasiones por líderes que no provenían de la izquierda —como el caso del peronista Néstor Kirchner—, la voluntad de romper con el “consenso neoliberal” parecía evidente, pero en las políticas la ruptura de ese consenso no estaba tan clara. Al menos no en términos económicos.

El esfuerzo, en definitiva, se verificaba más en el terreno social y menos en el de las estructuras o los pilares que sostenían al régimen (aun cuando quedó clara la negativa de muchos gobiernos a permanecer en políticas de endeudamiento con el FMI). En buena medida, las críticas “posneoliberales” no se sustanciaron en una ruptura radical con la matriz neoliberal, pero sí implicaron una redirección del gasto que se hizo visible en las políticas de transferencias de ingresos que permitieron, sobre todo, reducir la pobreza. En algunos casos, como el de Bolivia, el proceso de reducción de la pobreza fue muy claro (pasó del 60% al 34% en doce años de gestión de Evo Morales), y en otros, como el de Brasil, se evidenció nítidamente en regiones como las del Nordeste, históricamente relegada. Allí, programas sociales como el Bolsa Familia, desarrollado desde el primer gobierno de Lula, tuvieron alto impacto. Claramente, el proceso de la “marea rosa” era posible porque había unas condiciones económicas generales y de carácter global que beneficiaban muy claramente a la región. El *boom* de los *commodities* permitió la consolidación de los gobiernos y les dio una sólida estructura sobre la cual sustentarse. En términos político-institucionales no todas las izquierdas fueron similares. De hecho, hay quienes tendieron a agrupar en un eje a los países que

conformaron la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América (ALBA)—Venezuela, Ecuador, Nicaragua, Bolivia y un grupo de países centroamericanos y del Caribe— y, por el otro, a los gobiernos de Brasil, Argentina, Uruguay y Chile, con gobiernos progresistas de una izquierda más moderada. Más allá de las discusiones al respecto, resultó evidente que las diferencias no se expresaban solo entre “tendencias de la izquierda”, sino también, al interior de cada una de ellas. Como comentó acertadamente José Natanson, una de las diferencias sustanciales estribó en las formas en las que se desarrollaron políticamente esos procesos de cambio.

El debate que dividió a los diversos integrantes de la familia de la izquierda, más práctico que teórico, refería al mejor camino para avanzar en las transformaciones propuestas: ¿impulsar una reforma constitucional que reseteara institucionalmente el país para comenzar desde un “año cero”, como hicieron Chávez, Morales y Correa, o garantizar una mayor continuidad, al estilo de Lula da Silva, Kirchner o Tabaré Vázquez? A diferencia del debate de la década de 1960, esta discusión, resumida en la dicotomía chavismo/lulismo, no aludía a la profundidad de las reformas (no hay manera de argumentar que, en los hechos, Lula da Silva fuese menos reformista que Correa, o Kirchner que Evo Morales), sino a la mejor forma de llevarlas a la práctica (Natanson, 2022).

Con todo, el proceso de la “marea rosa” modificó, al menos durante un tiempo, el rostro de América Latina. Pero diversas condiciones fueron delimitando su final. El cambio de las condiciones económicas globales fue un aspecto sustancial, pero no fue el único. Algunos de los gobiernos progresistas tuvieron muchas dificultades para establecer relevos, y otros, más consustanciados con las posiciones de

Venezuela, comenzaron a caminar en direcciones francamente autoritarias. Tal como afirmó Natanson:

entre el cambio de las condiciones internacionales, el desgaste natural tras más de una década de ejercicio ininterrumpido del poder, las dificultades para procesar la sucesión y el fortalecimiento del bloque derechista, la izquierda fue desplazada del gobierno mediante elecciones limpias (Argentina, Uruguay, Chile) o por vía de golpes o semigolpes de Estado (Paraguay, Brasil, Bolivia); y, si logró mantenerse en el poder, fue al costo de un giro autoritario (Venezuela, Nicaragua) (Natanson, 2022).

A esa primera etapa de gobiernos progresistas le sobrevino un interregno de gobiernos de derecha de distinto tipo. Jair Bolsonaro, ubicado claramente en la derecha radical, solo consiguió estar durante un período al mando de la presidencia de Brasil, y lo mismo ocurrió con Sebastián Piñera en Chile y Mauricio Macri en Argentina, dos hombres de la derecha liberal-conservadora. Lo mismo puede decirse de la breve presidencia de Jeanine Áñez, quien gobernó Bolivia tras el derrocamiento de Evo Morales. Pero luego de esta etapa, los progresismos retornaron al poder. Sin embargo, ese retorno y, en algunos casos, como el de México o el de Colombia, esa “primera llegada”, no resultó similar al de la etapa de la “marea rosa” de principios de siglo. Por un lado, la situación económica global ya no era la misma. Por el otro, en aquellos casos que ya habían sido gobierno, los progresistas arribaban desgastados y sin una nueva imaginación política. Y en el caso de aquellos que no lo habían sido, se verificaba una inserción distinta en el mapa regional. El nuevo ciclo, comenzado hace apenas unos años, iba a ser muy distinto del anterior.



La “segunda ola” de los gobiernos progresistas merece algunas precisiones. En primer lugar, la escena puede ser dividida ahora, ya no entre dos bloques —que se unificaban relativamente en el marco regional—, sino entre tres. Apegándonos a la tipología planteada por Natanson encontramos, por un lado, a aquellos gobiernos que “nunca se fueron” y que, para nada paradójicamente, se enmarcan en la izquierda autoritaria (Venezuela y Nicaragua). Por otra parte, este “segundo tiempo progresista” abarca a aquellos que, habiendo gobernado durante la primera “marea rosa”, han vuelto al escenario político. En ese marco se destaca el gobierno de Lula da Silva en Brasil, el de Luis Arce en Bolivia y el de Alberto Fernández en Argentina. Algunos de esos gobiernos, como el de Fernández, acaban de finalizar su mandato en condiciones económicas muy complejas, a tal punto que en este caso ha sido sucedido por la extrema derecha. En este grupo se enmarca también, aunque con algunas diferencias, el gobierno del chileno Gabriel Boric. Pese a que el suyo es un gobierno de una “nueva izquierda”, se lo engloba dentro del retorno progresista, en tanto Chile contó, durante buena parte de la etapa de la “marea rosa”, con distintos gobiernos de ese signo ideológico —aunque con acentos políticos diferentes a los de Boric—. Un último eje abarca a aquellos países que, durante la primera “marea rosa”, fueron gobernados por fuerzas de derecha y que recién ahora tienen gobiernos progresistas. Es decir, a los recién llegados al progresismo regional. Allí se ubican, claramente, el gobierno de Andrés Manuel López Obrador en México y el de Gustavo Petro en Colombia. También se incluye en ese campo a la breve experiencia de Pedro Castillo en Perú.

Si en la primera “marea rosa” encontrábamos dos familias que, en aquel contexto, sostenían interrelaciones permanentes e incluso formaban parte de alianzas regionales comunes, en este momento el progresismo latinoamericano se manifiesta no solo en un escenario diferente, sino que expresa preocupaciones disímiles. En buena medida, como ha señalado Dacil Lanza, los distintos gobiernos progresistas actúan en un marco en el que proclamas como las de la “patria grande” o la “unidad latinoamericana” parecen tener menos sentido y un impacto mucho más reducido. Por otra parte, estos gobiernos progresistas encuentran un plafón económico muy complejo para aplicar sus políticas. Los ímpetus reformistas —que además se han moderado en muchos casos— tropiezan con trabas muy claras en la estructura económica, en tanto los precios de los *commodities* no solo han variado, sino que imponen restricciones claras a cualquier programa ambicioso. Como ha dicho Natanson, se trata de “una izquierda de la escasez más que de la abundancia”. A esto se suma, sin embargo, un hecho que no debe pasar desapercibido. Las fuerzas políticas progresistas y de izquierda que asumieron el gobierno durante la primera década de este siglo, lograron construir una poderosa hegemonía política que ya no es visible en esta etapa. Los procesos de polarización han llevado a que estas fuerzas formen parte del repertorio político más o menos tradicional, y ahora lidian, por un lado, con derechas —tanto conservadoras como radicales—, pero también con sus propias disputas internas. A tal punto algunas de estas fuerzas se ven amenazadas por las derechas, que han debido optar por candidatos más moderados —el peronismo argentino apostó por Sergio Massa, un centrista con posiciones

mucho más a la derecha que la del kirchnerismo tradicional en diversas materias; y en Brasil, para triunfar sobre Bolsonaro, Lula debió hacer una alianza con Geraldo Alckmin, un antiguo competidor—. Incluso en los casos de los nuevos gobiernos progresistas, como el de Petro, la situación es difícil. El primer presidente de izquierda de la historia colombiana enfrentó a un *outsider* de derecha en el balotaje, y tras su triunfo, debió conformar una alianza parlamentaria con partidos centristas para poder garantizar la gobernabilidad. Boric también ha encontrado problemas para desarrollar sus políticas, sobre todo luego del rechazo de la reforma constitucional que apoyaba. Las peleas y disputas internas, como las que sostiene el presidente boliviano Luis Arce con el expresidente y fundador del MAS, Evo Morales, también forman parte del paisaje actual de los progresismos.

La crisis, en definitiva, se ha hecho evidente. Aun cuando formen parte del gobierno, e incluso cuando puedan permanecer en él, las izquierdas latinoamericanas contemporáneas adolecen de serias debilidades. Estas debilidades no solo derivan de un contexto económico internacional muy distinto al que caracterizó a la primera “marea rosa”, sino también de construcciones políticas erráticas y, en algunos casos, autocomplacientes. Más allá de los casos de Venezuela y Nicaragua, a los que excluyo de estas consideraciones dado que se han transformado en regímenes nítidamente autoritarios, es evidente que las fuerzas de la izquierda regional (entre las que se encuentran aquellas con acentos más socialdemócratas y aquellas con ímpetus más nacional-populares), ya no consiguen trazar un proyecto político de

futuro que consiga, a la vez, enamorar, convencer y dar certidumbre. Las mismas fuerzas sociales y culturales que, en la década de 1990, consiguieron plantear una perspectiva de cambio frente a la hegemonía desreguladora, son hoy incapaces de promover una nueva cosmovisión que dote de sentido a un nuevo proyecto progresista. Incluso en aquellos casos en los que se verifica una vocación clara en ese sentido, los problemas para avanzar son evidentes. Los dilemas de las izquierdas gobernantes se expresan no solo en su incapacidad para desarrollar programas reformistas potentes, sino en sus escasas maniobras para promover una nueva hegemonía política y cultural. De hecho, sus posiciones igualitaristas —muchas veces más retóricas que prácticas— han sido puestas seriamente en entredicho, no solo por sus opositores, sino también por actores sociales que, otrora, constituían parte de su base de apoyo. En síntesis, ya no se trata solo de hasta qué punto los progresistas pueden desarrollar políticas expansivas y de redistribución, sino de que sus mismos presupuestos teóricos se han puesto en tela de juicio.

Si a principios de los años 2000, las fuerzas conservadoras y de derecha eran incapaces de esbozar un paradigma crítico de las izquierdas que hiciera mella real en la ciudadanía —por fuera de las cuestiones asociadas a la corrupción—, hoy la situación ha cambiado. A principios de siglo, aquellas derechas venían de gestiones de gobierno desreguladoras y flexibilizadoras que habían provocado, en diversos países, fuertes manifestaciones de descontento social. En tal sentido, las propuestas progresistas constituían una novedad en la región. Ahora, tras décadas de gobierno o de



presencia preminente, son esas expresiones políticas las que han pasado a ser vistas como parte del paisaje tradicional. La rebeldía, como bien afirma Pablo Stefanoni, ya no se circunscribe a esas fuerzas, sino que es capitalizada, en contra de ellas, por actores de una derecha cada vez más radical. Pero que estas fuerzas ya no contengan en su seno el carácter “rebelde” que otrora tuvieron no constituiría un problema si esas mismas fuerzas fueran capaces de renovar sus programas. Preparadas para desarrollar políticas de redistribución en tiempos de bonanza económica, no parecen igualmente capaces de maniobrar sus programas en tiempos de escasez. Esta situación resulta transversal a los progresismos: no solo involucra a los que “han vuelto” al poder, sino también a algunos que recién han llegado. Si bien es completamente cierto que las izquierdas regionales enfrentan un contexto internacional complejo, y carecen de las ventajas económicas que ofrecía la etapa de la primera “marea rosa”, que los márgenes de maniobra se hayan reducido no debería constituir una justificación para la crisis. Han sido las propias izquierdas las que no han logrado proponer un nuevo modelo económico y productivo, que evidencie su capacidad, no solo de distribuir la riqueza, sino de producirla. Aferradas a viejas consignas “anti-neoliberales” que ya no funcionan, las izquierdas se han quedado recitando una vieja partitura.

Las izquierdas latinoamericanas parecen carecer hoy de aquel proyecto de renovación ideológica que vivieron a mediados y fines de la década de 1980. Quizá por una cierta carencia crítica de su propia historia y una melancolía permanente de los “viejos buenos tiempos”, sus aparatos

conceptuales se encuentran anclados en planteos posneoliberales desarrollados para una etapa precedente, pero sin articulación con el tiempo actual. Esto ha impedido que las izquierdas consigan desplegar una imaginación política novedosa que piense, ya no solo como volver a gobernar, sino como rearticular sus relaciones con una sociedad civil que está muy lejos de ser la misma que en el pasado. La izquierda latinoamericana “de gobierno” ha puesto demasiado énfasis en las capacidades del Estado, pero ha puesto mucho menos énfasis en su propia capacidad para permear, por fuera del Estado, a la sociedad civil. En buena medida, estas fuerzas progresistas han “desaprendido” lecciones de aquellas que, a principios del siglo XX, inauguraron el panorama de las luchas sociales por la justicia y la igualdad en la región. Si bien no han “abandonado los territorios”, han perdido parte de su anclaje, y se han establecido más como ofertas electorales que como organizaciones mediadoras de la vida civil a la vida política. En muchos casos, su relación con los movimientos sociales también ha sido “estatazada”.

En definitiva, la permanente crisis de las izquierdas latinoamericanas y su incapacidad para desarrollar un contrato social novedoso se deriva no tanto de una falta de políticas sociales de “ampliación de derechos”, sino de su cesión del terreno en la sociedad civil —a no ser que se lo entienda como un territorio al que hay que “llegar desde el Estado” y no como uno en el que se “debe estar” de antemano—. Centradas casi exclusivamente en la estatalidad, pero, sobre todo, en su carácter electoral, las izquierdas han perdido parte de su carácter societal. Es hora de recordar, como

proponía Michael Walzer, que el hogar de los socialistas y los progresistas no es necesariamente el del gobierno, sino

el espacio político que existe afuera del gobierno, que está solo en el mejor de los casos protegido y ampliado por amistosos ocupantes del gobierno. La mayor parte de las veces los militantes y los activistas deben crearlo y defenderlo por sí mismos. El espacio siempre es impugnado, y el locus de esa impugnación es la sociedad civil (Walzer, 2016: 24-25).

Construir política desde el espacio societal implica delinear un proyecto de izquierda con base en interlocuciones reales y no solo en función de ofertas electorales presentadas para la ocasión. Supone, entre otras cosas, recuperar un criterio que, aunque haya caído en el olvido, guió a numerosas generaciones de hombres y mujeres de la izquierda, y que se sustanció, a inicios del siglo pasado, en el trabajo de numerosas y numerosos socialistas. Conscientes de que su programa era, fundamentalmente, el de la “democratización de la sociedad”, aquellos hombres y mujeres hicieron lo que mejor sabían: integrarse en los espacios sociales, disputarlos y desplegar, desde ellos, un nuevo sentido a las construcciones colectivas. ¿Pueden hoy los militantes de las fuerzas progresistas recuperar aquel impulso para desarrollar un contrato que se prefigure desde instancias societales, antes que desarrollar uno desde arriba pensado únicamente desde la lógica del gobierno? Una política de ese tipo, de interlocución real con la ciudadanía, ya no desde el Estado, sino desde el propio ámbito de la sociedad civil, es, en nuestra opinión, un imperativo necesario. Si todo contrato social requiere una representatividad, esa representatividad, desde la izquierda, debe construirse de

antemano, prefigurando alternativas posibles. La política, y sobre todo la política de izquierdas, debe ser, como lo planteó acertadamente Nadia Urbinati, una estrategia de “mediaciones” entre sociedad civil y partidos políticos (Urbinati, 2016). Para conseguir ese propósito, los partidos y sus adherentes deben actuar en el terreno local, integrándose en instancias civiles.

Una estrategia contractualista que comience antes de la conquista democrática del poder estatal, favorecería, además, el desarrollo de estructuras de fraternidad cívica. Demasiado ocupadas en favorecer políticas de ascenso social a través de la incorporación al consumo, las izquierdas latinoamericanas “de gobierno”, han desestimado la construcción seria y persistente de instancias societales desprivatizadas en la que actores de distintos estratos sociales puedan reconocerse entre sí. Esto explica, en buena medida, por qué la idea de fraternidad, que había constituido históricamente uno de los valores fundamentales de las izquierdas —en tanto, como planteaba Antoni Domenech, constituye la forma plebeya y popular de la emancipación (Domenech, 2004: 84)— perdió espacio a la hora de formular un contrato social común. Es dable sostener que este valor ha sido siempre problemático para las izquierdas más estatistas. La fraternidad no puede ser impuesta desde el Estado ni desarrollada solo a través de un programa político electoral que mejore las condiciones de vida de las personas y las fuerce a “vivir como iguales”. Para vivir como iguales debemos, previamente, sentir que lo somos. Un desafío de ese tipo solo puede ser desarrollado, en primera instancia, desde el ámbito de la sociedad misma.

Cuando, tanto en Europa como en América Latina, emergieron las primeras organizaciones socialistas, se guiaron por un criterio de este tipo. El de la “prefiguración” de la sociedad deseada. Era su propia acción, tanto dentro de la organización, como al interior de la sociedad civil, la que producía instancias no estatales de fraternidad. Es esto lo que las izquierdas han perdido. Si las izquierdas no hacen este trabajo, nadie lo hará por ellas. Debemos reconocer que, como afirmaba hace más de tres décadas el politólogo Bernard Crick

en la sociedad moderna se experimenta la fraternidad solamente en las emergencias civiles o dentro de la intimidad de los clubes sociales o deportivos. Sería inútil pretender que aquellos que por lo general son capaces de adquirir lo que quieren (y de inventar constantemente nuevas necesidades) pueden llegar a tener un verdadero sentimiento de hermandad con aquellos que tienen que luchar todo el tiempo, y fracasar con frecuencia, para satisfacer sus necesidades mínimas. Más que hermandad, los favorecidos perciben, más bien, la amenaza de los depauperados. Cualquier fraternidad abstracta que pudieran sentir está vacía de contenido real mientras sus vidas no se toquen, mientras sus hijos y sus hijas se interrelacionen tan poco, se casen tan raramente fuera de su clase social (Crick, 1994: 148-149).

Para que sus vidas se toquen se precisa apostar por una ampliación cada vez más profunda del espacio público y, por tanto, una desprivatización progresiva de la vida social. Ciertamente, un desafío de ese tipo requiere acciones concretas desde el poder político, pero para llegar a ellas es necesario, antes que nada, la construcción de una pedagogía social y cultural que, desde la sociedad civil, sienta las bases para una transformación de ese calado.

Las fuerzas de la izquierda nacieron para desarrollar no solo la tarea del gobierno, sino también para prefigurar alternativas políticas deseables y posibles. Pero esa combinación del pragmatismo político con las prácticas prefigurativas y de horizontes utópicos ha desaparecido por completo del mapa regional. Las fuerzas de la izquierda quieren gobernar y pueden hacerlo. Pero, ¿qué sociedad proponen? ¿En qué medida tienen un proyecto de igualdad y fraternidad que, dentro del marco democrático, se establezca como una alternativa que logre enamorar a la ciudadanía? ¿Y en qué medida tienen propuestas coherentes para hacerlo sustentable económicamente?

Hoy, ante un nuevo mapa en el que las derechas avanzan y amenazan el nuevo ciclo, las izquierdas tienen solo una tarea: la de esbozar un nuevo programa que combine las aspiraciones materiales y las posmateriales. Construir un programa político para una economía sólida y sustentable, que garantice crecimiento e inclusión, y que atienda las demandas de los sectores trabajadores formales e informales, garantizando sostenibilidad ambiental y justicia de género, resulta una tarea central para las fuerzas progresistas. Pero nada de eso se logrará proponiendo una batería de políticas públicas genéricas, como acostumbra a hacer un progresismo cada vez más dominado por la lógica de los expertos y los *think tanks*, pero también por la autocomplacencia de unas militancias ávidas de trabajar desde el Estado. Desarrollar un programa de cambio real precisará, antes que nada, un enraizamiento social capilar. La izquierda tiene la posibilidad de hacer lo que hasta ahora no ha hecho: comprender que la hegemonía se construye, no desde el Estado, sino fuera de él. Para

llegar al gobierno con potencia y capacidad cambio, la izquierda debe aprender lecciones que desaprendió en el camino. El horizonte de justicia e igualdad solo será posible si vuelve sobre sus pasos,

abandona la arrogancia del poder y vuelve, de una vez por todas, a centrarse en la comunidad.

### Conclusiones

- El clima que acompañaba a la “marea rosa” no solo expresaba un cambio político, sino también un nuevo escenario en términos culturales.
- Las críticas “posneoliberales” no se sustanciaron en una ruptura radical con la matriz neoliberal, pero implicaron una redirección del gasto que se hizo visible en las políticas de transferencias de ingresos que permitieron, sobre todo, reducir la pobreza
- Los gobiernos progresistas latinoamericanos encuentran un plafón económico muy complejo para aplicar sus políticas. Los ímpetus reformistas tropiezan con trabas muy claras en la estructura económica. Como ha dicho Natanson, se trata de “una izquierda de la escasez más que de la abundancia”
- La izquierda latinoamericana “de gobierno” ha puesto demasiado énfasis en las capacidades del Estado, pero ha puesto mucho menos énfasis en su propia capacidad para permear, por fuera del Estado, a la sociedad civil.
- Las fuerzas de la izquierda nacieron para desarrollar no solo la tarea del gobierno, sino también para prefigurar alternativas. Esa combinación del pragmatismo político con las prácticas prefigurativas y de horizontes utópicos ha desaparecido por completo del mapa regional.

### Referencias bibliográficas

- BOBBIO, N. (1991): “La utopía al revés”, en BLACKBURN, R (ed.): *Después de la caída. El fracaso del comunismo y el futuro del socialismo*, Barcelona, Crítica.
- CRICK, B. (1994): *Socialismo*, Madrid, Alianza Editorial.
- DOMENECH, A (2004): *El eclipse de la fraternidad: una revisión republicana de la tradición socialista*, Barcelona, Crítica.
- LANZA, D. (2022): “¿Para qué sirve la hermandad latinoamericana?”, *Nueva Sociedad*, ed. digital, agosto.
- NATANSON, J. (2022): “La nueva nueva izquierda”, *Nueva Sociedad* n° 299, Buenos Aires.
- STEFANONI, P. (2021): *¿La rebeldía se volvió de derecha? Cómo el antiprogresismo y la anticorrección política están construyendo un nuevo sentido común (y por qué la izquierda debería tomarlos en serio)*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- WALZER, M. (2016): “¿Qué socialismo?”, *Nueva Revista Socialista* n° 1, Buenos Aires.
- URBINATI, N. (2023): “La rebelión de ‘los pocos’ contra ‘los muchos’”, *Nueva Sociedad*, ed. digital, agosto.

### Fundación Carolina, diciembre 2023

Fundación Carolina  
Plaza del Marqués de Salamanca n° 8  
4ª planta, 28006 Madrid - España  
[www.fundacioncarolina.es](http://www.fundacioncarolina.es)  
@Red\_Carolina

[https://doi.org/10.33960/AC\\_18.2023](https://doi.org/10.33960/AC_18.2023)

La Fundación Carolina no comparte necesariamente las opiniones manifestadas en los textos firmados por los autores y autoras que publica.

Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

